



## Charlie y la fábrica de chocolate: de Roald Dahl a Tim Burton

“¿Por qué nada tiene un fin práctico?” Se pregunta Mike Teve junto a su padre, a Charlie, a Willy Wonka y al abuelo de Charlie, en un momento de la película, mientras viajan en el increíble ascensor transportable, y son bombardeados por bolas de caramelos que estallan en fuegos artificiales de mil colores, disparados por Oompa-Loompas, pigmeos africanos amantes del cacao.

A la pregunta inquisidora del niño, Charlie le responde sabiamente: “*Los dulces no necesitan un fin práctico, son dulces*”.

“*Qué estupidez*”, dice Mike Teve, “*los dulces son estúpidos*”, y así completa su necia respuesta el insoportable niño catódico.

La frase de Charlie, es la frase que da sentido a la obra Roald Dahl, por más que el escritor nunca la dice, ni de su propia boca, ni en la de su narrador, ni en la de Charlie, el protagonista de su novela. Sin embargo, sí es la frase que entiende Tim Burton que Roald Dahl debe haber pensado todo el tiempo al imaginar su obra y que el director interpretó para lograr una adaptación tan brillante.

Charlie/Dahl/Burton piensan lo mismo, entienden al arte de la misma manera, como dulce puro, como delicia suprema, y no hace falta darle más sentido, que el de tener el paladar suficiente para saborearlo. La relación entre cine y literatura es compleja y tiene larga data, a veces es amena y satisfactoria, y, otras veces, la mayoría, es una lucha sin cuartel, de tironeos y rencillas eternas. La conclusión típica, salvo las contadas excepciones, es que el cine bastardea la literatura, frase trillada: “el libro es siempre mejor que la película”. Lo que ocurre habitualmente es un masacramiento por parte de la película con respecto al libro. Se entiende, el cine, 100 % visual, tiene sus propias reglas y éstas no suelen adaptarse a los criterios narrativos propios del relato escrito. Por lo tanto, se produce la adaptación. Cuando un libro es adaptado fielmente a la pantalla, acarrea un gravísimo problema, tiende a ser literario, quitando lo netamente cinematográfico que suele precisar el lenguaje audiovisual; en resumen, cine muerto: la literatura mata al cine. Para que esto no ocurra, la gran mayoría de las veces, el cine precisa matar a la obra literaria; esto es, modificarla, reduciéndola a una story line y quitando gran parte de su sustancia. Cuando una película enriquece a la obra literaria, y la mejora, es cuando el cine mata a la literatura. Otra frase que circula en el imaginario cinéfilo es “de las peores novelas suele surgir una buena versión cinematográfica”.

Ahora bien, ¿qué ocurre con *Charlie y la fábrica de chocolate*? Pues algo muy digno de tener en cuenta. La adaptación de Tim Burton es extremadamente fiel (salvo los detalles que iremos marcando) cuasi calcada en la mayoría de sus partes a la obra literaria.

Frente a todo lo expuesto anteriormente, estaríamos frente a un film netamente literario. ¡ERROR!

Charlie, la película, es puramente cinematográfica, cien por cien audiovisual. ¿Y por qué ocurre esto? Por los dulces, por el sabor, por el paladar. Tim Burton debe tener seguramente un paladar muy similar al de Roald Dahl, que en definitiva es el mismo que el de Charlie.

El director norteamericano no es un cineasta profesional, es un imaginador profesional.

La lectura de Charlie, el libro, despierta nuestras papilas gustativas, y dispara nuestra imaginación: ¿cómo será la fantástica fábrica Wonka?, ¿cómo?, ¿qué son ríos de chocolate?, ¿cómo que el pasto se puede comer?, ¿qué gusto tendrá?, ¿cómo que un Oompa Loompa canta canciones increíblemente improvisadas?, y así interminables preguntas que despiertan sensaciones y buscan respuestas, allí, donde sólo el lector tiene acceso, en esa tercera zona, según Graciela Montes.

Charlie, el libro, es un desborde de imaginación que difícilmente quepa en un lector común, en nosotros mismos, a mí me cuesta imaginar todo lo que Roald Dahl nos dice, no me entra la cabeza tanta maravilla. La curiosidad me invade. Y ahí es cuando entra la profesión de Tim Burton, excelso licenciado en imaginación visual. Logra traducir la riqueza de Roald Dahl, en imágenes tan fantásticas, su mente tiene un ensanchamiento tal, que él sí puede captar la magnífica fábrica Wonka con lujo de detalles, y ofrecérsela al espectador. Ah, ahora sí, la percepción sobre libro está completa. Si volvemos al libro luego de ver la película, se produce el sumun de la felicidad.

Tim Burton les y nos da una mano a los lectores actuales, una ayudita para que el libro sea captado en su totalidad tal cual Roald Dahl lo imaginó y lo quiso.

Ahora bien, realizando un análisis más profundo e intentando dejar de lado el aroma a chocolate, el deseo de chicles interminables (¿podré hacerlo?), hay detalles que la película aporta o quita de la versión original que es necesario destacar.

La obra del autor galés nos introduce en su mundo particular a través de la presentación de los

personajes, como si fuera el reparto de una obra de teatro, o por qué no, de una película. En el film, en cambio, es la ostentosa y maravillosa fábrica lo que llega a nuestros ojos, con una voz en off que relata casi de manera textual, lo que está escrito en el libro, pero evitando la presentación cuasi cinematográfica que hace el libro, es decir, Tim Burton evita lo visual que sí presenta Roald Dahl en el libro. Sería caer en un lugar común decir que el libro es muy visual, lo que le restaría importancia literaria. Tim Burton, quizás consciente de esta falacia decide hacer justicia, ir para el lado opuesto: obviar las partes visuales del libro.

Por supuesto, y es un análisis que evitaremos, hay elementos inherentes al lenguaje cinematográfico que apuran la acción. En los siete primeros minutos ya sabemos todo lo necesario sobre el protagonista de la novela, de su familia y de su contexto social y espacial. Del mismo modo que en el magnífico libro. Tim Burton da cátedra sobre presentación e introducción visual a una historia.

Una diferencia aparece al comienzo de la película: el abuelo de Charlie no trabajó en la fábrica Wonka; sin embargo, así lo relata en el film. Quizás este elemento sirva para que los flashback y los relatos sobre las proezas de Willy Wonka cobren veracidad. La fidelidad con respecto a la obra literaria es asombrosa, pero Tim Burton actualiza permanentemente esta historia, matizándola con elementos de crítica social. Hay una imagen que no puede desprenderse de mi recuerdo: la inauguración de la fábrica. Y ante este asombroso hecho, los abuelos besándose. ¡Cuánta gente se alegraría hoy ante la apertura de una fuente de trabajo, sobre todo en mi país, y de esta manera, con tal gesto amoroso!

La historia del príncipe Pondicherry está retratada en el film increíblemente y esto sucede porque en la obra literaria el lenguaje es sugerente y rápidamente narrativo. El director sólo le agrega un detalle: cuando el palacio hindú comienza a derretirse, la primera gota cae sobre la frente del príncipe, formándole el tercer ojo. Hay que reconocer los toques de humor, justos y precisos, que Tim Burton aporta a la obra de Dahl.

En la página 24 del libro ya está presentado el núcleo del relato: el misterio de los obreros y la noticia de los billetes dorados. Aquí comienza la búsqueda frenética del pasaporte hacia la fábrica más famosa del mundo: la fábrica de Willy Wonka, el chocolatero. Claro está, tanto en el libro como en la película, en esta carrera tienen más posibilidades aquellos que poseen más recursos. El fenómeno del mercado y el niño como consumidor es actualizado por Tim Burton, quien le agrega nacionalidad a los niños que obtienen los billetes dorados; el chocolate Wonka llega a las más recónditas partes del planeta. El director, también, aporta elementos de la modernidad caracterizando a los niños desde el hoy: Mike Teve, por ejemplo, juega a los juguetes electrónicos y está empapado de violencia. Sin embargo, el mensaje en ambos (director y escritor) es el mismo.

Algunas diferencias temporales también están presentes en el film: el padre de Charlie ya no se queda sin trabajo porque la fábrica ha cerrado sino que es la consecuencia de las ventas y el impacto de la modernidad lo que ocasiona su desempleo. Así mismo, vemos algunas actitudes distintas en Charlie, quien quiere vender su boleto para ayudar a su familia, aunque de ningún modo esto interfiere en la empatía y el afecto inmediato que le produce este niño tanto al lector como al espectador. Digámoslo, se redobra la apuesta sobre la industrialización excesiva, los recursos humanos; la crítica económica presente fuertemente en el libro, en el film se actualiza y se intensifica, tal vez dirigiendo mejor los cañones contra el capitalismo feroz de mercado. Brillante el chiste visual que Tim Burton propone sobre las compuertas frías y grises como toda fábrica que encubren un mundo de colores y que se cierran frente al paso de los concursantes.

En la obra de Roald Dahl, el personaje Willy Wonka es unidimensional; en cambio, en la película no sólo adquiere más protagonismo sino que le sirve al director para introducir los cambios más importantes con respecto a la obra literaria: la infancia de éste, la relación conflictiva con su padre (eje transversal en casi toda la bibliografía de Roald Dahl; incluso la mirada crítica hacia los padres es más dura en el libro que en el film) y la dimensión psicológica compleja de este personaje no han sido siquiera contempladas por el autor pero perfectamente éste podría haberlo hecho: el padre de Willy Wonka es doblemente la encarnación del mal: ¡¡¡Es dentista y encima su papel está interpretado por Christopher Lee!!! ¡¡¡El colmo del terror!!!

Los diálogos en el libro están tan bien contruidos que casi no es necesaria una adaptación. Siempre lo que primero se modifica en el traspaso fílmico es la supresión de los diálogos por unos nuevos inventados por algún guionista estrella de Hollywood. Dejar los diálogos casi sin modificar es un gesto de inteligencia puro. Aquí sólo se acentúan los caracteres de los niños como así también la competencia feroz entre algunos de ellos. Las letras de las canciones interpretadas por los Oompa-Loompa son textuales y aparecen en los títulos del film como escritas por el autor galés. En el film la vestimenta de estos pequeños trabajadores está realizada en base a cuero vinílico que le aporta un carácter casi fetichista. Los números musicales están trabajados por Tim Burton, con la inestimable colaboración de su habitual y genial ladero Danni Elfman, como verdaderas coreografías propias de un musical de Broadway, o como si de una película de Busby Berkeley o Vicente Minelli se tratara, lo que

acentúa lo antes dicho, el puro placer visual propio de un musical en cine se justifica sólo en eso, en el puro placer visual y no en su sentido práctico, no es real que la gente se ponga a cantar y bailar así nomás, sin embargo, los Oompa Loompa sí lo hacen en el libro y en la película.

A su vez, los niños sospechan que Willy Wonka haya tramado de antemano su propio final, del mismo modo que lo intuye el lector: “¿será casualidad? Hummmmm”.

En el episodio correspondiente a la desaparición de Veruca Salt, transportada por una cantidad de ardillas hacia un basurero, se arroja tras de sí un cuadro de la madre que no estuvo presente en el recorrido por la fábrica. Por razones más que justificadas, en la película sólo entran acompañando a cada niño, un adulto y no dos como en libro. Tanta gente no cabría en el cuadro cinematográfico y francamente no creo que quedaran bien. El retrato arrojado es un guiño al lector del texto escrito.

Y si de guiños hablamos, Tim Burton no sólo hace referencia al libro sino también a fragmentos concretos de la historia del cine y de películas representativas. Esto lo hace con una intención cómica, por una parte, por ejemplo, en el momento en que Mike Teve entra a la bañera y se copian fielmente los planos de *Psicosis* y la célebre escena del baño, y, de reescritura, por otra parte, con respecto a *2001: Odisea del espacio* de Kubrick. Aquí el monolito misterioso de la versión original se transforma en una deliciosa barra de chocolate a la que solo Charlie se atreve a acceder, quitándole toda la implicancia intelectual y filosófica que representaba en el film de Kubrick. Esto, lejos de ser una aversión, es un planteamiento de banderas sobre lo que Tim Burton entiende que tiene que ser el cine realizado a partir de textos literarios, un disfrute permanente y no una pose intelectual ridícula. No es casualidad la referencia a Hitchcock, uno de los más visuales y menos intelectuales de los directores existentes en el séptimo arte.

Ya sobre el final encontramos acentuadas las diferencias entre el lenguaje visual y el escrito. Por una parte, en el film se le plantea a Charlie una elección que no aparece en el libro: Willy Wonka le otorga su fábrica sólo si él es capaz abandonar a su familia. Obviamente, Charlie ni por todo el oro o dulce del mundo renunciaría al espacio reparador y contenedor por excelencia. En el texto escrito, en cambio, el mejor chocolatero del mundo le entrega a Charlie su fábrica y lleva a toda su familia a vivir allí, terminando de este modo con mucho más que el hambre que éstos sienten.

Como a modo de cierre reparador sobre una línea traumática en torno a Willy Wonka que el guión cinematográfico ha echado a rodar, al final, se agrega la reconciliación –mediada por Charlie- entre Willy y su padre, el dentista.

A su vez, en el film, se elige concluir con la misma voz en off del comienzo; sin embargo, ¡oh, Sorpresa!, esa voz proviene de un pequeño Oompa Loompa, y la cámara en retroceso nos devela los mecanismos de representación cinematográficos: una máquina de hacer nieve por encima del paupérrimo pero feliz hogar de Charlie. Tim Burton desnuda el relato cinematográfico como tal, con el fin de acercarnos al relato textual. Nos dice: “*esto que acabamos de ver es un libro, un buen libro, representado visualmente*”.